

Sintonía

Agradecidos, muy agradecidos

Parece una cosa anormal que quien preste un servicio diga a quienes han sido los servidos: «agradecidos, muy agradecidos.»

Y así hemos de decir nosotros a quienes durante nueve años consecutivos hemos venido ofreciéndoles la alegría de todos, los sinsabores de todos, las noticias de todos los que formamos este San Feliu, por medio de la palabra escrita como es este semanario.

Hay más todavía. Hemos de sentirnos agradecidos a quienes han venido siguiendo nuestras hazañas quijotescas, cuando desde estas columnas, lanza en ristre, que equivalía a pluma en ristre, nos lanzábamos contra cualquier malino ciudadano que quisiera interponerse en el camino emprendido por la urbe.

Muchas gracias a todos. A los que, en comprensiones, vieron nuestro esfuerzo y la magnífica posibilidad de ANCORA, aunque no siempre sus logros y también a aquellos que nos supusieron un éxito fácil y un más fácil negocio, atribuyendónos el arte de convertir una modesta, pero cierta dádiva, en un traje o vestido por temporada.

Unos y otros, en aspectos muy diferentes, nos han alentado en la prosecución de nuestro empeño; sea para no olvidarnos de esa magnífica posibilidad que representa una publicación local, sea en la dirección de sanear nuestra maltrecha economía, pues no hay duda de que con más capital más se hubiese podido mejorar nuestro querido semanario.

Si esta sintonía, por avatares de la vida, llevara visos de funeral, nos consideramos satisfechos de los nueve años de servicio prestados a la ciudad. Si afortunadamente los llevara de continuidad, seguiremos, no sacando vestidos, sino poniendo horas robadas a otras cosas, y tinta y papel, para continuar diciéndo a todos: «agradecidos, muy agradecidos»

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS 15 DE NOVIEMBRE 1956 - NÚM. 459 - AÑO IX

Los catorce puntos de Wilson

por L. D'ANDRAITX

En los días del concierto de la paz de la primera guerra mundial, y ya en los últimos meses del sangriento conflicto, cuando el agotamiento y el cansancio eran generales, y todos los beligerantes no acertaban como salir de aquel infierno, el mensaje del Presidente Wilson de los Estados Unidos, dado al congreso de su país, el 8 de enero de 1.918, si representó una esperanza inmediata para las negociaciones de paz, supuso también una eficaz garantía para el futuro. No creo que en aquel lejano 1.918, alguien motejara de utopía los catorce puntos de Wilson. Enfermo el mundo, herida la Humanidad, clamaban por un bálsamo, por un remedio. Se deseó la salud como la desea cualquier enfermo; el sol y la libertad como la anhela el último preso. Con ansia, con fe, con algo incluso de auto-sugestión para aceptar por bueno el más inocente remedio. Y en igual estado de ánimo, Wilson ofreció al mundo su panacea.

No voy a transcribir íntegros los catorce puntos, ya que muchos de ellos han perdido su vigencia en el transcurso del tiempo. Eran éstos los puntos que hacían referencia a problemas concretos y particulares de aquella época. En cambio, me interesa hacer resaltar los que no han perdido actualidad, pero que tristemente no son más que letra muerta, pese al nuevo aval que se les dió al finalizar la segunda guerra.

Primer punto.— «Acuerdos de paz concertados abiertamente, detrás de los cuales no habrá ya otros internacionales privados, para evitar que nuevas alianzas secretas traigan en el futuro nuevas guerras, pues la diplomacia procederá siempre franca y públicamente.»

Cuarto punto.— «Limitación de los armamentos al extremo compatible con la seguridad interior del país.»

Décimocuarto punto.— Formación de una Liga o Sociedad general de Naciones, que tenga por objeto garantizar la independencia política y territorial a todos los pequeños Estados, garantizar la paz futura y evitar conflictos sangrientos semejantes, sustituyendo los actuales odios por relaciones más humanas y fraternales entre los pueblos.»

Si cabe, los cinco puntos complementarios del discurso de Wilson del 27 de Septiembre

del mismo año, son aún más angelicales.

I.— «Justicia imparcial sin favoritos, que reconozca derechos iguales a todos los pueblos.»

II.— «Ningún interés particular de una nación o de un grupo de naciones podrá anteponerse al conjunto de los intereses de todos.»

III.— «Dentro de la Liga de Naciones que marca la futura modalidad política mundial, no habrá acuerdos particulares, ni grupos de alianzas.»

IV.— «No podrá admitirse ninguna combinación económica de interés particular en la Liga, ni ninguna exclusión de los mercados, sino como medida disciplinaria que tome la Liga.»

V.— «Todo acuerdo o tratado internacional será dado a conocer al mundo entero.»

Sobran los comentarios; porque estos puntos son tan claros y transparentes como el agua de una fuente, como gotas de rocío. Tan preciosos como inútiles, porque al lado de cada Wilson hay un Maquiavelo escondido, para enturbiar el agua o para secar la fuente.

Sociedad de Naciones, Organización de las Naciones Unidas o como se llame en el futuro un parecido organismo, exponente de buena voluntad, esfuerzo y cordura, se trueca en estéril remedio, en tardía medicina. Utopía.

Maquiavelo jamás juega limpio. No cuentan las cartas extendidas sobre el tapete verde; son las menos importantes. El juego no se adivina hasta que salen unos ases de una manga, cuando el juego ya no es juego y se convirtió en catástrofe.

Ante la sinrazón del mundo, uno quisiera protestar. Poder hacer algo más que gemir y desesperarse. Quizá fuera bueno el creerse uno un poco Wilson, redactar un mensaje, y morir antes de ver el fracaso.

Odio la guerra con toda mi alma, y, no obstante debo confesar que la considero insalvable.

Si guerreando cada uno con sí mismo, día a día, hora a hora, vamos redimiendo nuestra vida, ¿podemos aceptar el paralelo de que la Humanidad con sus guerras se redime de lo malo, para un mejor futuro?

Odio también todo pesimismo preconcebido. Esperemos; pero no dormidos.